

el asunto con los fragmentos que se le dan es, ni más ni menos —digámoslo de una vez—, un gesto más de *escapismo*. Como en las novelas, como en las plásticas, se trata de liquidar la razón —con la cual, sin embargo, ha podido avanzar la humanidad durante un puñado de siglos—, de minar las convicciones, de sembrar la duda negativa, de sonreír displicentemente ante los “buenos sentimientos”. ¿Para qué sirven los buenos sentimientos?, parecen decir los representantes de esta nueva “vanguardia”. Cuando se sabe que dos educadores —los señores Teindas y Thireau— han publicado los resultados de una encuesta entre millares de adolescentes —estudiantes y aprendices— cuya inmensa mayoría sólo aspira a tener dinero, mujeres, un cochecito y una jubilación sustanciosa, sin participar de ningún ideal constructivo, se da uno cuenta de las dimensiones aterradoras del problema.

[París, octubre 9 de 1961]

Un año más la vieja Sorbona ha abierto sus aulas a millares de estudiantes (muchos de ellos de otros países), que llegan a ella atraídos por el renombre, ganado en buena lid, de conjugar los valores del humanismo con el más riguroso conocimiento científico. Llenáronse también aulas y laboratorios de la nueva Facultad de Medicina, en la rue des Saints-Pères (casi frente al viejo hotel donde Antonio Machado vivió con Leonor, esquina a la rue de Perronet), y ya comienzan a habilitarse los nuevos locales de la Facultad de Ciencias, ganados en áspera lucha de años a los intereses privados de los mercaderes de vinos.

Verdad es que autoridades académicas, organizaciones de estudiantes y profesores se lamentan de ciertas insuficiencias materiales; para ser sinceros, diremos que su indiscutible existencia no resta brillo ni alegría a este recomenzar de las tareas universitarias.

Tampoco por ello deja de ser la Universidad uno de los “hauts lieux” —para emplear la expresión de aquí— de la conciencia francesa, santuario de conciencia me atrevería yo a decir. Nadie ignora que el tema del neo-racismo inquieta seriamente a los espíritus europeos. Las extravagancias peligrosas de los “Teddy-Boys” británicos, el relente de un antisemitismo vergonzante aquí y allá, la existencia de la discriminación racial en África del Sur, y otros fenómenos que por conocidos me huelgo de citar, hieren las mejores sensibilidades europeas. La concesión del premio Nobel de la Paz (ex-*equo* con el difunto Hammarskjöld) a un negro, Albert John Luthuli, figura señera del liberalismo sud-africano, particularmente maltratado por el racismo en el poder, ha impresionado favorablemente a todo el mundo del espíritu. Este mundo, que ha sido siempre el principal motor de la irradiación cultural francesa, es particularmente sensible a esta cuestión. No es, pues, extraño que una veintena de profesores universitarios (entre ellos sabios de renombre mundial como Kastler, Gurvitch, Hauriou, Schwartz, Meyer-son) y unos cincuenta escritores (recuerdo los nombres de Sartre, Jean Cassou, André Breton, Simone de Beauvoir, Aragon, entre los veteranos y Butor, Natalia Saurrate, Margueritte Duras, de la “nueva ola”) hayan creído necesaria una enérgica y pública toma de posición

frente al racismo. Hilaire Cuny, conocido escritor científico, que triunfó hace poco con su libro sobre Joliot-Curie, ha emprendido también la labor de desmontar —partiendo de las tristes experiencias del III Reich— la base pseudo-científica del racismo.

Pero si esas afirmaciones, que tanto honran a la cultura francesa, constituyen algo así como la superficie, algo en-crespada, de la vida espiritual de estas semanas, otras manifestaciones que son de creación cultural forman como las ramas sólidas de este vigoroso árbol, que siguen dando sus frutos y acreditando así su razón de ser.

Pero hay que hablar también de lo que siempre constituye un acontecimiento teatral: una obra de Bertold Brecht. En este caso se trata de *Schweyk en la Segunda Guerra Mundial*, puesto en escena por Roger Planchon e interpretada por Jean Bouise. Este personaje, ya célebre en la Europa central entre las dos guerras, fue reencarnado por Brecht, situándolo en la Checoslovaquia ocupada por los nazis. Schweyk es, sencillamente, un pillo de siete suelas, un truhán redomado, que se defiende del nazismo a su manera —asocial, insolidaria— mediante tretas astutas, con la sonrisa de cuco en los labios. Alguien ha dicho que Schweyk no es un héroe sino un anti-héroe; es verdad, y la obra nos deja esta impresión de desazón, incluso en sus fragmentos de ópera granguñolesca,

cuando Schweyk se enfrenta con Hitler en la estepa rusa o cuando aparece este último con sus dignatarios. Gisselbrecht, traductor con Joël Lefevbre de la obra, recuerda la frase en que Brecht decía que don Quijote, Candine o El Revisor son espejos cóncavos, pero al fin y al cabo espejos. Schweyk no deja de serlo y en ello puede que resida el mayor valor de esta obra que no se presentó jamás en vida de su autor. Hay que añadir dos palabras sobre la escena giratoria montada por Planchon, que suprime el ángulo estático del espectador. Esta visión dinámica está reforzada por el decorado inteligente de René Allié, cuya gama cromática negro-gris-blanco contribuye a la visión de ese mundo sórdido del nazismo, cuyas salpicaduras llegaban a todos los Schweyk vivientes. Porque con la sola arma del chiste no se ha derribado jamás ninguna tiranía.

No quiero terminar esta carta sin decirles que Pablo Picasso ha cumplido ayer ochenta años. Artistas y escritores han comenzado ya en París los homenajes al gran Pablo; durante la semana entrante Niza y Vallauris ofrecerán su mejor aire de verbena meridional en honor al malagueño, que allí ha echado raíces. De todo esto espero que hablemos, y mucho, pronto. Porque Picasso es un jalón, no sólo de la historia plástica, sino también de la dignidad del hombre.

[París, octubre 25 de 1961]

Carta de Estados Unidos

Por Manuel DURÁN

La gran novedad literaria de estos últimos días ha sido la publicación de una nueva novela de Salinger, titulada *Zooey and Franny* (algo extrañamente, pero el título está compuesto por los nombres de dos personajes principales, y los héroes de Salinger suelen llevar nombres extravagantes). Salinger es quizá el escritor predilecto de la juventud norteamericana. Sus personajes adolescentes, retratados con precisión, ofrecen una mezcla de inocencia y egoísmo, de individualismo rebelde y aceptación inconsciente de ideales sociales, que permiten a los jóvenes lectores identificarse plenamente con ellos. Muchos de sus cuentos han aparecido en la revista *New Yorker*, y representan bastante bien el espíritu de esta publicación: elegancia, cosmopolitismo, pero siempre con reservas, sin subrayar excesivamente ninguna opinión demasiado personal. El neologismo que expresa la actitud de la revista, y el estilo de Salinger, ha sido ya aceptado por el uso corriente en los países de lengua española: es “la sofisticación”. Pero a ello Salinger añade la descripción de la torpeza propia de la adolescencia. Sus cuentos no tienen un final bien definido, son como conversaciones interesantes y reveladoras que se acaban de pronto sin saber por qué, como si los personajes se hubieran dado cuenta de que habían ido demasiado lejos y de que sus esfuerzos por definirse a sí mismos eran absurdamente pretenciosos. La novela que acaba de publicar no llega, en el fondo, al nivel artístico de sus mejores cuentos, y ello se debe, quizá, a que una novela exige a su autor

unas convicciones artísticas mucho más definidas que las que Salinger posee.

Otro escritor norteamericano de primera fila, y del que se hablará mucho en un futuro próximo, es Edward Albee. En Nueva York han empezado a ensayar una nueva obra teatral de Albee, que por ahora no tiene título. Es, según parece, la respuesta norteamericana a los problemas que plantea el *Rinoceronte* de Ionesco; y las afinidades que unen a Albee con Ionesco y los otros dramaturgos europeos de vanguardia son muchas. Baste decir que la mayor parte de los empresarios se niegan todavía a representar sus obras, porque las juzgan demasiado complicadas y misteriosas, y creen que el público no reaccionaría favorablemente; en lo cual se equivocan probablemente, puesto que en un país tan vasto como éste hay público para todo, y si bien el teatro de Nueva York suele estar dominado por el género híbrido, mitad comedia y mitad opereta, que se llama “comedia musical”, es evidente que actualmente existe en Estados Unidos un público selecto que no solamente acepta obras más difíciles sino que las reclama. Ocurre con el teatro lo mismo que con el cine: el éxito del teatro europeo de vanguardia, y del mejor cine europeo, ha educado a todo un sector del público, al que las producciones comerciales corrientes le parecen sentimentales, absurdamente anticuadas, e incapaces de revelar nada nuevo, y es este público el que ayudará a renovar el teatro y el cine norteamericanos.

Y sin embargo, es preciso señalar que la publicación que más se ha leído y

discutido en el país durante las últimas semanas nada tiene que ver con la literatura. Es un folleto profusamente ilustrado, publicado por el Departamento de la Defensa Civil, sobre construcción de refugios contra los ataques atómicos, del cual se han tirado ya unos cuatro millones de ejemplares, y que se ha convertido en el *best-seller* más sombrío y deprimente de estos últimos años. Coincidiendo con este interés por los refugios anti-atómicos, que algunos juzgan mal-sano, y otros afirman basado en el instinto de conservación más elemental, el programa de televisión titulado *The Twilight Zone (La zona crepuscular)*, escrito y dirigido por Rod Serling, y que por cierto es uno de los más interesantes de la televisión norteamericana, ofreció hace unos días a su público la espeluznante, si bien imaginaria, aventura de una familia norteamericana sorprendida por la guerra atómica. El padre, un médico previsor, había hecho construir un refugio para los suyos. Suena la alarma; los vecinos, enloquecidos, que unas horas antes le habían dado una fiesta para festejar su cumpleaños, asaltan su refugio y tratan de derribar la puerta para penetrar en él y salvar así sus vidas. La alarma resulta ser infundada, y todos tratan, con grandes dificultades, de volver a una existencia normal.

Mientras tanto, lo que pudiéramos llamar "política universitaria" norteamericana, y que tan distinta es, en el fondo, de la mexicana, sigue un rumbo algo incierto que la lleva hacia la tragicomedia. La nota alegre y excesivamente frívola la dieron hace unos días los estudiantes de la gran Universidad de Wisconsin, que cuenta con más de veinte mil alumnos, muchos de los cuales, intoxicados por un partido de fútbol y una noche de luna, trataron de asaltar la Residencia de Señoritas y causaron general alarma entre los pacíficos habitantes de la ciudad de Madison. La nota trágica se encuentra en el fracaso casi total del proyecto de ley gracias al cual Kennedy quería ayudar a la educación con fondos federales, y que habría contribuido en mucho a resolver la crisis económica de muchas escuelas primarias y secundarias. El proyecto ha sido desechado por el Congreso; y Abraham Ribicoff, Secretario de Educación, en un reciente discurso dirigido a los rectores, directores de institutos de segunda enseñanza y educadores en general, les ha reprochado duramente, llegando casi a increparlos, su falta de actividad durante las semanas en que el Congreso debatía el programa y lo rechazaba. Si los educadores se hubieran movilizado y hubieran escrito cartas a sus representantes en el Congreso, el destino de la ley hubiera sido otro. ¿Ingenuidad u optimismo excesivo? En todo caso, un país en que los más graves problemas pueden ser resueltos a base de escribir unas cuantas cartas a Washington es un país que no parece todavía presa de la desesperación. La comodidad y el optimismo siguen presentes, siguen actuando como un buen lubricante, tranquilizando a las masas, aun cuando el motor no funcione por ahora al ritmo deseado.

El idioma inglés, igual que el español, abunda en expresiones ambiguas, que no tienen el mismo sentido para todos los que las emplean o las escuchan. Si le hablamos de "la nueva ola" a un aficionado al cine, entenderá inmediatamente



Nueva York: "construcción de refugios contra los ataques atómicos"

que nos referimos a la nueva generación de directores de la cinematografía francesa. Pero si nuestro interlocutor es un profesor norteamericano, creará que estamos hablando del problema que más inquieta a los educadores de su país: la nueva ola de estudiantes universitarios. Un ejemplo concreto: en la gran Universidad de California las inscripciones han aumentado este año en un diez por ciento; la cifra total de estudiantes llega a más de cuarenta mil. Esta cifra no asustará, por cierto, a los que estén familiarizados con el crecimiento de la Universidad Autónoma de México, pero no hay que olvidar que el caso de California se repite por todas partes en un país que cuenta con más de mil centros de enseñanza superior; que en varias universidades se prevé un aumento del diecisiete por ciento para el año que viene, y que pasan de los cuatro millones los alumnos que siguen actualmente cursos universitarios o técnicos superiores.

La gran sensación de la temporada artística en Nueva York ha sido la exposición de arte chino montada con materiales recibidos de Formosa. Vale la pena igualmente visitar la exposición de escultura italiana reunida por Columbia University: algunos de los Marini exhibidos en la misma resultan muy superiores a sus esculturas más conocidas. Pero el arte chino es quizá el que mejor puede apreciarse al verlo directamente: hecho de matices, de la intangible relación entre líneas, delicadas masas de color, y materiales casi aéreos, es un arte que pierde mucho al ser reproducido, y gana al ser visto de cerca

Otra exposición curiosa es la del desnudo en la pintura norteamericana, compuesta en su mayor parte —como ha observado el crítico John Canaday— por obras de calidad dudosa, precisamente porque la tradición norteamericana, en gran parte puritana, incluso en el terreno del arte, no permitió en el siglo pasado más que ocasionales imitaciones de los desnudos académicos franceses, y en nuestra época se ha visto atraída, sobre todo en los últimos quince o veinte años, por tendencias cada vez más abstractas, y como tales hostiles igualmente al desnudo. Los mejores pintores norteamericanos, como Jackson Pollock, De Kooning y Klein, pocas veces han pintado desnudos que puedan decirse que caen de lleno en esta categoría. Es curioso observar que la mejor pintura de la exposición era un pseudo-desnudo, del que ni el pintor ni los críticos acertaron a decirnos si verdaderamente era un desnudo o si representaba a una joven vestida. La ejecución, brillante y dramática, como todo lo de este pintor, llegaba a dominar y a aplastar al modelo.

Los aficionados al ballet están de suerte, pues en las últimas semanas habrán podido comparar los más diversos y complementarios estilos: un excelente programa de bailes africanos, los ballets Kirov de Leningrado, refinados y elegantísimos, y el dinamismo algo estridente pero muy expresivo de la moderna danza norteamericana, bajo la dirección de Jerome Robbins en algunos de sus mejores programas. Por cierto que la película *The West Side Story* (ignoramos cuál sea el título que le den en la versión exhi-

bida en México), contiene algunos de los números más impresionantes ideados por Robbins, a quien muchos consideran el genio del ballet norteamericano. (De Robbins era también la magnífica secuencia de ballet en *Ana y el rey de Siam*.) Se diría que Robbins y su escuela han llegado a las últimas dimensiones del baile moderno, en que la expresividad y el ritmo se combinan con la música para transmitir un mensaje menos equilibrado y menos sereno, quizá, que el de los clásicos ballets rusos, pero también más cercano a la actitud moderna, inquieta y audaz, experimental y asimétrica. Según parece, durante la filmación de la película que mencionamos anteriormente, y cuyas estrellas son Natalie Wood, George Chakiris y Russ Tamblyn, Robbins se peleó con el director de la misma, Robert Wise, y se marchó de Hollywood sin haber terminado de supervisar los ballets de la obra. No importa; la cinta (una versión moderna de la vieja historia de Romeo y Julieta, a base de "palomillas" rivales en la ciudad de Nueva York), vale la pena; la actuación es impecable, mucho mejor de lo que Natalie Wood nos hacía esperar, y los bailes, supervisados en gran parte por Robbins, son poco menos que sensacionales. En ellos se mezclan los ritmos puertorriqueños con el más puro jazz norteamericano, y el resultado es la mejor demostración de la vitalidad de la danza norteamericana que hemos visto en muchos años.

En cuanto al ballet Kirov, no necesita, por cierto, de ningún superlativo para dejar bien establecida su reputación como uno de los dos o tres conjuntos más admirables en el campo del ballet clásico. Y que conste que la crítica no ha sido unánime. Sobre todo al principio: y es debido, quizá, a que los artistas de este grupo son especialmente sensibles a los cambios de clima y de ambiente. Hay vinos que no tienen el mismo sabor allí donde son recolectados y fermentados que en otra parte; viajan mal, se estropean, en parte, durante el transporte. Lo mismo cabría decir con respecto al ballet Kirov: al principio de una temporada por tierras extranjeras, según se ha podido observar en Londres, en París y en Nueva York, se pasan unos días o unas semanas adaptándose al público, al escenario, a todos los medios técnicos, que cambian forzosamente según la localidad en que se encuentran, y hay al principio de sus temporadas una falta de coordinación, una cierta timidez, una vacilación en algunos momentos culminantes, que defraudan al público e incluso lo irritan: esperábamos más. Pero pronto pasa este período de adaptación, y entonces el grupo revela todo lo que puede dar: y es mucho, incluso diríamos es más que lo que cualquier otra compañía puede hacer, en cierto sentido. No hay que pedirles lo mismo que al grupo de Robbins, incluso tampoco cabe esperar de ellos el mismo éxito en ciertos programas, la misma brillantez de conjunto que en el Saddler's Wells de Londres; pero lo que presentan, dentro de ciertos límites estrictos que ellos mismos se han impuesto, es sencillamente insuperable. Ver a Kolpakova en la suite *Cascanueces* o a Zubkovskaya en el *Lago de los cisnes* es creer en una posible reencarnación de Ana Pavlova.

DOCUMENTOS

Macartismo en Pittsburgh

Por Joseph G. COLANGELO Jr.

Todavía sucede. Un profesor de historia de la Universidad de Pittsburgh ha sido atacado desde principios de este año, por sus opiniones sobre Castro y Cuba, su participación en supuestas organizaciones subversivas y sus actividades en la Brigada Abraham Lincoln durante la Guerra Civil Española. El profesor es Robert G. Colodny, antiguo maestro de la Universidad de California, del San Francisco State College, de la Wesleyan University (Conn.) y de la Universidad de Kansas. Especialista en historia de la ciencia e historia de las revoluciones, el doctor Colodny llegó a Pittsburgh en 1959.

El ataque ha sido encabezado por la *Pittsburgh Press*, vocero local de la cadena Scripps-Howard. Empezó con una entrevista publicada en la primera página del número correspondiente al domingo 15 de enero, en la cual el periódico citaba las palabras del doctor Colodny de que Cuba podía convertirse en "otra España" por medio de la intervención exterior en su revolución.

Aunque en esencia esto no era más que lo que muchos otros decían en ese tiempo, William Gill, el periodista de la *Press*, ligó las declaraciones del profesor, mediante el uso de comentarios editoriales en itálicas y entre paréntesis, con una serie de hechos y sucesos sin relación verdadera, transformándolas en una acusación de subversión.

Por ejemplo:

El doctor Colodny declaró que había peleado con la Brigada Abraham Lincoln durante la Guerra Civil Española y el artículo comentaba: "La filocomunista Brigada Abraham Lincoln todavía encabeza la lista de organizaciones subversivas del Procurador General..." (El periódico estudiantil de la Universidad aclaró que la lista del Procurador General estaba en orden alfabético.)

El profesor fue empleado por el gobierno de México cuando Lázaro Cárdenas era presidente y "esta misma semana *Press* ha denunciado que un 'congreso pro paz', de hispanoamericanos ligados con el comunismo, fue planeado el mes pasado en la casa del antiguo presidente mexicano Lázaro Cárdenas."

El doctor Colodny ha "firmado una declaración publicada por el 'Comité pro Juego Limpio para Cuba', una abierta organización pro castrista" y entre los firmantes estaban "el crítico de teatro Kenneth Tynan, que dirigió la primavera pasada un programa de televisión inglés en el que se incluía, entre otros 'distinguidos americanos disidentes', a Alger Hiss."

En la parte de atrás de la puerta de la oficina del profesor, en la Universidad, estaba un cartel, recuerdo de la Guerra Civil Española. El cartel tiene la siguiente inscripción: "UGT, Federación Nacional La Edificación". La organización —explicó el periodista Gill— "era una conocida empresa comunista durante la Guerra Civil Española".

Dos días después de la aparición del artículo, el diputado por el Estado de Pennsylvania, John T. Walsh, del cercano pueblo de McKeesport, que cuarenta y ocho horas antes había anunciado su candidatura para la representación de ese pueblo en las próximas primeras elecciones del partido demócrata, denunció al doctor Colodny en la Cámara del Estado e introdujo una resolución en dos partes pidiendo una investigación sobre la Universidad de Pittsburgh y sobre los "sentimientos antiamericanos" en todas las escuelas del Estado.

El reverendo Francis E. Walter, presidente del Comité de Actividades Antiamericanas, declaró en exclusiva a la *Press* que en los archivos de su Comité había "varias menciones" del doctor Colodny, aunque el profesor nunca había declarado en persona ante él.

El presidente de la Suprema Corte de Justicia de Pennsylvania, que aparentemente no tiene ninguna otra conexión con el caso, declaró a la *Press* que el doctor Colodny "tenía que haber sido sordo, mudo y ciego para no saber... que si cualquiera levantaba la barba de Castro encontraría el Manifiesto Comunista enrollado alrededor de su cuello".

La Legión Americana y los Veteranos de las Guerras Extranjeras del área se unieron a la contienda y presionaron por una investigación estatal. Y la *Press* preguntó en un editorial "cómo un investigador con los grados necesarios para ocupar un lugar en la facultad de historia de la Universidad de Pittsburgh podía malinterpretar los sucesos cotidianos, hasta el grado de creer que la asesina tiranía de Fidel Castro, dominada por los comunistas, es solamente un 'movimiento de reforma agraria'."

Por su parte, el doctor Colodny declaró a la *Pittsburgh Post-Gazette*, el otro periódico de la ciudad, que sigue la línea del *Sun-Telegraph* de Hearst, que "bajo ninguna circunstancia puede decirse que yo apoyé o atacué al gobierno cubano." Alegó que él simplemente había dado su opinión como historiador y que esto había sido deformado. La *Post-Gazette*, en un editorial titulado "Juego limpio para el profesor", llamó a la investigación propuesta una "caza de brujas educacional".

Críticas similares a la *Press* y al diputado Walsh fueron expresadas por la Asociación Americana de Profesores Universitarios con secciones y miembros de la Universidad de Pittsburgh y los colegios vecinos, Carnegie Tech, Chatham, Duquesne y Mount Mercy; por la Asociación Americana de Libertades Civiles, SANE (de la cual Colodny es vicepresidente de la sección local), la Unión de Amigos de la Iglesia Cuáquera y el conocido sacerdote católico de Pittsburgh Charles Owen Rice.

La *Press* les replicó: "Los defensores del doctor Colodny... están cada vez más frenéticos... Palabras y frases conocidas entran en estas defensas: 'manchar', 'insinuación', 'caza de brujas' y 'culpable por asociación', frases invariablemen-